

## Y me fui de mojada

Inda Serrot

—¡Ay hija! ¡Qué se te ha metido en la cabeza que no quieres entender!

—No mamá, no es que no quiera entender, es que ya tomé mi decisión y me quiero casar con Enrique.

—Ese ranchero nomás te anda embaucando, no te conviene. Si te casas con él te va a llevar al rancho y ahí te va a tener arrumbada y llena de chamacos.

—No mamá, no nos vamos a quedar en el rancho, nos vamos a ir a vivir a los Estados Unidos.

—¿Te vas a ir de mojada? Pues peor tantito. ¡Ay hija, ahora sí que estás atrasada! Para vivir allá se necesita tener papeles de residencia; te digo que este ranchero no te conviene, nomás te va a traer para arriba y para abajo.

Esta era la discusión con la que ya teníamos varios días, pues mamá nunca había estado de acuerdo en mi noviazgo con Enrique. Desde que le avisé de mis intenciones de matrimonio, siempre que tratábamos el tema terminábamos disgustadas.

Yo guardaba silencio y después de cada discusión me dedicaba a pensar en la vida que me esperaba allá en el extranjero: *el sueño americano*.

Echaba a volar mi imaginación y me veía caminando por las amplias avenidas de Los Ángeles, California, pues era allá adonde iríamos a vivir. Mis planes eran que, ya estando allá, yo estudiaría el idioma inglés; en cuanto lo aprendiera conseguiría un buen trabajo como maestra en una escuela, para así desempeñarme en lo que había estudiado; con los dólares que ganara contribuiría al gasto de mi nuevo hogar y tendría la oportunidad de seguir ayudando a mis padres, pues bien sabía que al irme de casa, la economía se vería afectada por la falta de mi aportación.

—No te conviene renunciar a tu plaza para irte al otro lado —me decían mis compañeros de trabajo—. Además, fíjate bien lo que vas a hacer, pues no es lo mismo andar de novios a que te cases y te lleve a vivir allá.

Mis oídos eran sordos a todo comentario. Yo ya había tomado mi decisión: se opusiera quien fuera, me casaría con Enrique y me iría a vivir al *paraíso* de Los Estados Unidos de Norteamérica.

Aunque mis padres nunca estuvieron de acuerdo, una tarde del mes de octubre de 1974, sin decir nada a nadie, Enrique y yo acudimos ante el juez del Registro Civil para contraer matrimonio. No hubo vestido blanco, ni fiesta, ni regalos, ni celebración alguna.

Mi noche de bodas la pasé en casa de Enrique, en donde fui recibida con agrado por su familia. Al día siguiente viajamos al Distrito Federal y, ayudados por un amigo de mi esposo que laboraba en una agencia de viajes, después de cumplir con todos los trámites migratorios volamos con destino a Los Ángeles, California; de ahí tomamos otro vuelo con rumbo a Bakersfield, California, lugar en que fijaríamos nuestra residencia.

A decir verdad, desde que llegué al Distrito Federal me sentí un poco arrepentida por haber tomado la decisión de casarme sin el consentimiento de mis padres; y me sentí aún más abrumada al verme sola y lejos de mi familia.

Enrique estaba a mi lado, pero a pesar de eso no me sentía tan feliz como dicen que lo es una mujer recién casada.

Un domingo por la mañana llegamos a casa de la hermana de mi esposo; ella nos recibió muy contenta y nos preguntó por todos los parientes que habíamos dejado en el rancho. En sus palabras se notaba la nostalgia por nuestro querido Chihuahua: nos hacía preguntas como queriendo que la pusiéramos al tanto de cómo estaba todo en nuestra tierra que recién habíamos dejado.

En cuanto nos instalamos, Enrique salió a hablar con su patrón y regresó diciendo que comenzaría a trabajar al día siguiente. Mi cuñada nos brindó hospedaje y ayuda hasta que conseguimos un apartamento para vivir en forma independiente.

Al cabo de algunas semanas yo ya había aprendido todo acerca de mis nuevos menesteres; me levantaba a las cinco de la mañana para preparar el lonche, pues a la cinco cuarenta y cinco mi esposo salía a trabajar para regresar hasta las siete de la tarde, muy cansado y de mal humor.

Cuando él se iba, yo permanecía despierta y sorprendida ante la nueva situación que me presentaba la vida. Debía estar todo el día en casa, sin salir a ninguna parte. En aquel país no podía andar libre como en México, ya que sólo había obtenido un permiso para permanecer por una semana de vacaciones en Los Ángeles, California, y ya el permiso se había vencido, de manera que si algún oficial de inmigración me veía en la calle y preguntaba por mis documentos, yo sería deportada por carecer del permiso legal para permanecer en Los Estados Unidos.

Me cansé de llorar todos los días por la ausencia de mi familia y por mi trabajo que había dejado en Chihuahua. Sentí una gran nostalgia por mi querido México y por todo lo que había quedado atrás.

Impulsada por el terrible aburrimiento que me abrumaba durante todo el día a causa del encierro y la soledad, una tarde decidí hablar con Enrique:

—Oye amor, fíjate que la Mery me invitó a laborar en el lugar en donde ella y su hermana trabajan ¿qué te parece si me das permiso de trabajar ahí?

—Ja ja ja, me das risa, tú no puedes trabajar aquí ¿Qué no ves que eres “mojada”? ¿Y qué vas a hacer ahí? A andar nomás de piruja, todas las que trabajan nomás andan de putas; yo no te traje aquí a trabajar, tú te quedas en tu casa.

Me quedé sorprendida por la respuesta de Enrique, pues nunca me había hablado de tal forma. Ese día lo sentí tan cruel y desalmado conmigo como si fuera un desconocido. Luego comprendí que en ese momento se me estaba revelando el verdadero Enrique, el que yo no había conocido durante un año de noviazgo y que ahora se mostraba ante mí, tal cual.

A los pocos días, y con la finalidad de sentirme menos inútil y aburrida, le hice saber mis deseos de inscribirme en una escuela

para estudiar el idioma inglés y así poderme desenvolver mejor en el extranjero; pero de nuevo mi petición fue contestada con una caravana de insultos:

—Tú no tienes ninguna necesidad de hablar inglés y menos de andar suelta por la calle; ni creas que me gusta que los que me conocen te vean andar de piruja dizque aprendiendo inglés, no te traje aquí a estudiar.

De nuevo mis ilusiones se vieron frustradas, pues ahí la autoridad era él y nadie más. Yo no tenía voz ni voto.

¿Qué mala jugada me estaba poniendo la vida? Me pregunté, mientras secaba mis lágrimas y reflexionaba sobre el comportamiento del hombre al que había unido mi vida. ¡Qué diferente era este hombre de aquel que yo conocí! Aquél siempre risueño y bromeando y este siempre mal encarado y de un pésimo humor; todo le molestaba, creo que hasta mi presencia.

Cada día esperaba con ansiedad la llegada del cartero para recibir noticias de mi querida familia. De vez en cuando cambiaba unos billetes por monedas para hacer una llamada telefónica de un teléfono público y así poder escuchar las voces de mamá y mis hermanos que me preguntaban acerca de todo lo que había por allá y sobre lo feliz y cómodo que se vivía en aquel lugar. Con un nudo en la garganta y tratando de que mi voz sonara alegre, les decía que todo estaba muy bonito y que todo iba muy bien.

Allá en el vecino país nacieron mis dos hijas y me dediqué a brindarles todo mi amor, cuidados y protección. Ellas se convirtieron en el motor de mi vida y aún lo siguen siendo.

Con el paso del tiempo mis ilusiones se desvanecieron y el amor por aquel hombre se murió. Nunca, nunca pude alcanzar nada de lo que dicen que se logra por allá en el norte, en donde cuentan que el “billete verde” se recoge a carretonadas. Para mí, nada es cierto, pues durante seis largos años sólo fui una temerosa “mojada”.

El sueño americano se esfumó de mis manos.